

DE PUERORUM DISCIPLINA ET RECTA EDUCATIONE LIBER

De puerorum disciplina et recta educatione liber

Beatriz COMELLA

GEMYR

Correo-e: bcomella@edu.uned.es

Recepción: 10 de diciembre de 2011. Envío a informantes: 20 de diciembre de 2011.

Fecha de aceptación definitiva: 22 de enero de 2012

Bibliid. [0212-0267 (2012) 31; 301-317]

Comentario

JUAN FUNGERIO NACE EN LEEUWARDEN en 1546 y muere en Franeker en 1612. Estamos ante uno de los humanistas holandeses más importantes de su tiempo. Autor prolífico de obras de poesía: *Carminum Sylva* (1585) y de filología: *Nova proverbiorum farrago* (1585), tuvo una honda preocupación pedagógica que le llevó a escribir *De puerorum disciplina et recta educatione liber* [*La correcta formación y educación de los jóvenes*], editada en Amberes (Bélgica) por Cristóbal Plantino en 1584. El original latino ha sido traducido al castellano para este volumen por el Grupo de Estudios Medievales y Renacentistas (GEMYR). Su edición latina puede verse en la siguiente dirección electrónica: <http://books.google.com/ebooks/reader?id=hFJYAAAAYAAJ&printsec=frontcover&output=reader&pg=GBS.PA250>.

La obra, dividida en treinta capítulos, está escrita en un inmejorable latín renacentista, propio de un consumado maestro de gramática que maneja con brillantez el mejor latín ciceroniano. Está dedicada a los benefactores holandeses que han pagado su edición y merecen alabanza por su filantropía y su benevolencia hacia los alumnos de las Musas. Los temas tratados no son originales, son los propios de los maestros renacentistas de su tiempo: importancia de la educación, necesidad de una educación literaria temprana, importancia de la educación familiar, de buenos maestros, de formación moral, religiosa, literaria, etc. Temas todos fundamentados en el magisterio y ejemplo de los autores clásicos.

El autor inicia su obra comentando que los niños son como vasijas de barro que guardan el olor del primer líquido que contienen. Conservarlos en óptimas condiciones es una obligación de los padres, que deben ayudarse en esa tarea de buenos y sabios maestros. El buen maestro —dirá— es aquel que observa y corrige los defectos de sus estudiantes, que tiene nobleza de costumbres, que es moderado

en la ira y en los castigos, que enseña de forma concisa y clara, que recuerda al niño que deberá dar cuenta de sus actos al tribunal de Dios. El buen maestro es también aquel que repite las lecciones para fortalecer la memoria de los alumnos, que no participa en los juegos de sus discípulos para no disminuir su autoridad, que conoce y tiene en cuenta la variedad de caracteres de sus estudiantes, y que en la instrucción de las artes liberales une ciencia, virtud y fe.

A continuación aborda el tema del discípulo. Comenta una costumbre inveterada entre los autores de la época: cuándo debe iniciarse la escuela. Unos aconsejan a los 6 o 7 años, otros a los 10. Su idea es que a los niños, en cuanto sean capaces de leer, hay que facilitarles sentencias y dichos de grandes filósofos y poetas para que en sus mentes infantiles vayan calando sus enseñanzas, a la vez que entrenan su memoria. Señala igualmente que siempre deben leer en voz alta para ayudar a la correcta comprensión del texto y, según se creía en la Antigüedad, para hacer bien la digestión. Ordinariamente para que los alumnos cumplan sus deberes será suficiente halagarlos o bien amenazarlos de palabra. En ocasiones extremas será necesario utilizar los azotes con los más jóvenes, pero no hasta el punto que odien las letras por culpa del castigo físico. «Nada hay que dé más respeto a un maestro que mostrarse clemente y permisivo en el momento oportuno, nada le conviene menos que salirse de sus casillas y montar en cólera».

El tema de la escolarización es otra cuestión recurrente. Funges se plantea si es preferible la educación en casa o en la escuela. Se muestra claramente partidario de la segunda porque produce una sana rivalidad y una socialización enriquecedora. Pone el ejemplo de hombres ilustres que han frecuentado escuelas públicas en su niñez y juventud frente a los que no las han frecuentado, resultando claramente favorecidos los primeros. A continuación comenta la organización escolar. El tiempo de los pequeños se extiende desde las 6 de la mañana a 4 o 5 de la tarde. Un tiempo de lecciones consistente en clase y repaso de gramática latina de 6 a 9; a partir de esa hora cartas de Cicerón y diálogos de Erasmo; desde las 12, sintaxis latina para que puedan empezar a escribir correctamente cartas en latín. Desde las 3, repetición de lecciones y Terencio. Los mayores estudiarán de 6 a 9 Retórica y Dialéctica. A partir de las 9, se les recitará a Virgilio y Horacio para que se acostumbren a la poesía elaborada. Desde las 12 el profesor expondrá la *Ciropeia*, Homero o Tito Livio. A las 4 debían leer las *Morales* de Aristóteles, *El arte de la curación* de Glaucón, o los fundamentos del derecho civil griego.

Al tiempo de la escuela sigue el estudio en la casa. Dirá que es fundamental que, nada más volver a la casa, se dedique tiempo a la repetición de las lecciones. El alumno intentará explicar en lengua vernácula las ideas principales que ha escuchado en clase; tratará después de captar la armonía de los versos explicados, escribirá los más bellos que llamen su atención en una pizarra o en otro lugar llamativo donde pueda recordarlos fácilmente.

Otro de los temas estrella de la educación humanista es el arte del debate. Funges sostiene que tanto entre alumnos jóvenes como veteranos, los debates «sirven para avivar una cierta rivalidad entre ellos, descubrir la verdad, enseñar a los ignorantes y recordar lo ya escuchado». A continuación recuerda algunos temas insoslayables de la dialéctica:

Ante una cuestión controvertida, el profesor deberá aclararla con autoridad, hay que estar en guardia frente al deseo excesivo de gloria porque oculta soberbia, hay que

buscar la verdad no la victoria. A la hora de rebatir o secundar una opinión, el profesor se mantendrá notoriamente separado para no verse envuelto en la maraña de argumentos; si ha de corregir algo, ha de evitar tomar partido tanto por los que estaban en contra y lo rechazaban, sino también por los que estaban a favor, como si esa actitud pudiera teñir su imparcialidad de algún modo. Con este método, podrá tanto discernir lo confuso como determinar y explicar bien lo dudoso.

La preocupación por la memoria es otro tema recurrente. Dirá que desde la más tierna infancia debe ejercitarse la memoria de los niños. Un buen momento es la hora de acostarse «porque, una vez que te quedas dormido, la mente revive lo que se difumina durante el día». Lo mismo conviene hacer al levantarse pues «la aurora es amiga de las Musas». En clase el profesor debe indicar a sus alumnos que en el más absoluto silencio repitan diez o veinte veces lo que deben memorizar; es una buena idea hacer competiciones repitiendo en voz alta lo que han memorizado y completando entre todos lo que se ha omitido. Es conveniente que cada semana los alumnos repitan de memoria todo lo que han estudiado en ese plazo de tiempo; de esta manera, «el profesor, con el afecto de un padre pero con la severidad de un juez, debería valorar el aprendizaje de sus alumnos».

Con relación a la salud y a la alimentación, es partidario de ser más parco en la cena que en el almuerzo y aconseja a los estudiantes evitar las fiestas por la noche. Aconseja igualmente reparar las fuerzas haciendo algo de ejercicio físico antes de comer. Recomienda especialmente el salto, la carrera, la lucha, la esgrima, la gimnasia, el aro, juegos con pelotas y balones, la natación y, al final, la música. Recomienda igualmente entretenerse con actividades al aire libre, o bien, contando fábulas o historietas divertidas y observando los astros. En el descanso prohíbe expresamente los juegos de azar y de cartas. Respecto al descanso nocturno, afirma que «antes de entregarse al sueño, debe ponderar en silencio si ha hecho algo de provecho para su educación, si su comportamiento ha merecido alabanza, si ha sido bueno, moderado, atento». Fungerio considera suficiente dormir 7 horas.

Otro de los temas estrella es la educación moral. Con Ovidio dirá que «entregarse al aprendizaje de las artes suaviza nuestro carácter y nos impide ser unos salvajes». Critica con fuerza la ira, la envidia, la maledicencia, la avaricia, las borracheras, la gula, la ambición desmesurada, la soberbia, la mentira y los juramentos. Vicios sólo la virtud puede aplacar. Por eso termina su obra afirmando que la virtud «consiste en que el hombre sepa lo que cualquier situación comporta; la virtud consiste en que el hombre reconozca lo correcto, provechoso, qué es honorable, qué es bueno, qué es malo, qué es inútil, degradante, reprochable». Por eso el tratado concluye comentando la virtualidad pedagógica de las virtudes cardinales: prudencia, justicia, fortaleza y templanza.

Texto: se transcriben únicamente los cinco primeros capítulos

Capítulo 1: La educación

Puesto que una vasija es capaz de conservar largo tiempo el olor de lo que guardó la primera vez y nada es tan fácil de torcer como los primeros años de

vida, a no ser que mamen con la propia leche los fundamentos de la piedad y el conocimiento, era preciso que publicara esta obra para que a partir de ahora se planten en el alma de los niños, cuando todavía están verdes, las semillas de la buena educación durante sus primeros años. Es entonces cuando su carácter es todavía tan puro e íntegro que es fácil darle buenas costumbres: nada queda tan firme como lo que se estampó con trabajo en una mente vacía y flexible. Tampoco olvidamos que las costumbres que posteriormente tendrá un niño cuando sea joven o adulto, cualesquiera que sean, son consecuencia de su educación infantil: de ella, si fue buena, no hay duda de que manan toda clase de virtudes e incluso el bienestar de la comunidad; por contra, si estuvo separada de un método verdadero, de ella surge la calamidad y el absoluto desorden ciclópico. En ese caso, todo se vuelve del revés, se mezcla lo sagrado con lo profano y, como si estuviéramos atados con cadenas en la caverna de Platón, respetamos lo superfluo en lugar de lo verdadero y honesto, no pensamos en las leyes divinas antes de actuar, andamos a gritos o entre murmullos, nos peleamos y vamos por separado de aldea en aldea arrebatados por una especie de furor báquico. Es por esto que el ilustre y divino Platón sabiamente dijo aquello de que el hombre es un animal manso y también de feliz vida, si ha podido seguir una correcta educación; por contra, si recibe una educación desfavorable, es el más feroz de cuantos animales existen: de ahí también que Platón, en un diálogo suyo intitolado *Teages*¹, argumente que los padres no han de invertir más esfuerzo en ningún otro empeño que en el de preocuparse de que sus hijos crezcan como dignos hijos de sus padres y de su patria. ¿Que por qué lo afirma? ¿Acaso no crecen torcidos los árboles si no reciben atención? ¿Es que no crecen zarzas y broza en el campo, si este se cultiva con ligereza, que luego habrá que quemar? ¿Cuántas veces pasa que un caballo de carácter fogoso e indomable empieza a andar al paso con sólo morder el bocado?

Sin embargo, ¡ojalá que los propios padres no hayan echado a perder ya a sus hijos! Una y otra vez encadenamos la infancia de nuestros hijos con nuestros mimos, afirma [Marco] Fabio [Quintiliano]; aquella blanda educación, que consideramos una muestra de cariño, destroza el vigor de su mente y de su cuerpo. ¿Qué no va a querer un adulto que de niño gateaba sobre alfombras de lujo? Todavía no ha articulado sus primeras palabras y ya distingue la escarlata, ya pide su púrpura², antes le enseñamos alta cocina que buenas costumbres, nos divierte si dice algo desvergonzado, recibimos estas palabras entre risas y jolgorio a pesar de que no serían aceptadas ni como frivolidades alejandrinas. Y no es para sorprenderse, nosotros les hemos enseñado: las han oído de nosotros, ven a nuestras amiguitas, a nuestras amantes. Todos los banquetes están repletos de cánticos inmorales, pueden verse espectáculos que daría vergüenza contar. De todo esto surge, en primer lugar, la costumbre y, luego, la manera de ser. Bien dijo Juvenal, el escritor de sátiras: «Todos aprendemos fácilmente lo que por su perversión nos deberíamos avergonzar de imitar: verás a un Catilina en cualquier pueblo, en cualquier latitud, en cambio, ninguno será un Bruto, ni su tío».

Catón el censor, cuando quiso educar a su hijo, bien que le enseñó cosas bastante diferentes de las actuales, lo mismo Polimno, el padre de Epaminondas, a

¹ Parece referirse a 122-b.

² Símbolos de riqueza y poder.

pesar de su extrema pobreza, y también Foción el ateniense, Paulo Emilio, Ciro y César Augusto. ¿Por qué, si no, íbamos a recordar al padre de Hipócrates, Heráclides, y a Cambises, rey de los persas? El propio Eneas, en la obra de Virgilio, educa a su hijo con estas palabras: «Aprende de mí, hijo mío, la valentía y lo que representa el esfuerzo; el azar, de otros». Y todavía me viene a la cabeza otro ejemplo, cuando Catón el censor expulsó a Manlio del Senado por haber dado un beso a su mujer ante los ojos de su hija. De ahí que diga el poeta Juvenal⁴: «¡Que ninguna palabra o visión repugnante cruce las puertas de una casa donde haya un niño dentro! ¡Fuera, fuera de aquí, cortesanas y cantos de gorriones trasnochadores! Debemos concederle el más alto respeto al niño: si preparas alguna maldad, no desprecies tú, sí, tú, la tierna edad de tu hijo y deja que él, un niño, se interponga en el camino de tus despropósitos». El hecho es que hay que andarse con cuidado desde un principio para que ninguna desvergüenza, ninguna perversión de las costumbres afecte negativamente al carácter de los niños, para que, me reitero, una naturaleza que de por sí tendería con facilidad hacia la honestidad irremediablemente acabe cayendo en un abismo de perdición por mantener unas torcidas costumbres: este tema no admite dejadez o permisividad alguna. Los rasgos del carácter se contagian entre las personas de una manera muy similar a la de una enfermedad: el mal se desliza en secreto aprovechándose de la empatía y los defectos van pasando de uno a otro con el contacto. Quien vive con un cojo, aprende a cojear: las conversaciones deshonestas corrompen las buenas costumbres. Y así bien se apercibió Platón de que los hombres, a base de convivir con hombres sabios, acaban siendo sabios, cosa que los reyes persas tampoco ignoraron, puesto que se encargaban de que a los niños de la familia real, prácticamente desde el momento en que nacían, los alimentasen, educasen y criasen los hombres más sabios, justos y moderados. Alejandro acabó siendo mejor persona gracias a la convivencia con Aristóteles, Parmenión y Calístenes, Agamenón con Néstor, Escipión con Panecio, Antonino Pío con Marcelo y Yabolenos, el emperador Alejandro [Severo] con Ulpiano, Trajano con Plutarco, Augusto con Artemidoro, Critias y Alcibíades con Sócrates, Aquiles con Fénix y Quirón... Y es que afirma Cicerón que mucho importa con quién te relacionas: así salió ganando mucho Timoteo gracias a Pablo, gracias a Cristo Nicodemo, gracias a Gamaliel Pablo, Darío gracias a Daniel.

No obstante, para volver, en fin, al tema de los propios padres, me gustaría presentar algunos ejemplos de los antiguos con los que superar las objeciones de aquel ilustre platónico; la verdad es que no hemos de entregarnos más de corazón a ninguna otra tarea que a la de convertir a nuestros hijos en unas personas irrepochables, e incluso diría que es tan difícil tener un hijo⁵ como educarlo bien entre tanta basura humana: se cuenta que Filipo, el rey de los Macedonios, cuando nació Alejandro, no se alegró tanto por el nacimiento de su hijo como por disponer de Aristóteles, al único que podía elegir de entre muchos como el más idóneo para sus propósitos, es decir, para formarlos desde una tierna edad y enseñarles los fundamentos de la filosofía. En un inicio, Nerón era un buen hombre,

³ *Aeneis*, 12, 435-436.

⁴ 14, 44-49.

⁵ Es probable que haya una referencia a la habitual mortalidad infantil y postparto de la época.

sin embargo, al final acabó degenerando en una mala bestia, y lo mismo cuenta del emperador Galba Cornelio Tácito. Incluso hemos leído que algunos recibieron una esmerada educación a manos de una mujer, entre ellos Arístipo, que tomó como nombre «el matrididacta»⁶. Incluso Mamea, madre del César Alejandro [Severo], le prohibía a su hijo entrar en contacto con el resto de perversos de la corte para que, sin duda, no le corrompiera el contacto con los maleducados y fuera a caer en repugnantes vicios. En las sagradas escrituras, se puede leer que David, antes de morir, adiestró a su hijo Salomón, y que luego, cuando agonizaba, le marcó estos principios: que le enterrase tras su muerte, que honrase a su madre viuda y que, cuando ella acabara sus días, la enterrase a su vera, que abrazase la justicia, que evitase las malas compañías, que practicara la generosidad con los pobres, que, en fin, se mantuviese apartado de todo reproche. También educó a sus hijos Israel⁷, que les enseñó que conviene que una casa bien asentada se mantenga alejada de toda desgracia y que lo primero que hay que eliminar es cualquier mancha de deshonra en una familia: cuando sus hijos quedaron manchados por el asesinato nocturno que cometieron en venganza de su hermana Dina, él enseguida los purificó⁸ y ordenó cambiar de lugar el campamento para evitar la ciudad de los sicitas y el sitio donde tuvo lugar el asesinato, como si estuviesen sucios y contaminados. Y también pone de manifiesto la piedad con la que Lot, de Sodoma, educó a sus hijos el hecho de que solamente él y sus hijos salieron indemnes cuando Dios borró esa ciudad de la faz de la tierra.

Por esto afirma Pablo⁹: «Criad a vuestros hijos con las enseñanzas y la doctrina del Señor» y en el primer libro de los Proverbios aparece¹⁰: «No apartes a mis hijos de las enseñanzas del Señor» y en el mismo: «Si educas a un joven en su camino, lo seguirá incluso cuando sea un anciano». Escribe Plutarco que los antiguos dedicaban tal atención a la correcta educación de sus hijos que Solón decretó entre los atenienses que aquellos a los que sus padres no hubiesen adiestrado en ningún oficio no tenían ninguna obligación de cuidarlos¹¹. Puesto que incluso un pagano, aunque fuera uno clarividente, lo decretó, a la fuerza un cristiano que no dedique la mayor atención a la educación de sus hijos pasará por momentos llenos de dificultades y, como se suele decir, no sabe lo que vale un peine, porque sí que sabe que sus hijos están ungidos por el bautismo y destinados a compartir el reino de los cielos, que son, por así decirlo, un depósito y un regalo de Dios y que, por tanto, hay que velar por ellos con no menor atención que si se recibieran de manos del mismísimo Dios. Y en este largo camino serán nuestras compañeras la sabiduría, a la hora de guiarlos, la honestidad, a la hora de criarlos, y la escrupulosidad y amabilidad, a la hora de educarlos, de tal manera que al final puedan amar a sus padres al mismo tiempo que a Dios y tanto sus palabras como sus obras estén apartadas de toda indecencia.

⁶ En griego en el original.

⁷ Es decir, Jacob (Génesis, 32, 24-29).

⁸ Génesis, 34.

⁹ Efesios, 6, 4.

¹⁰ Proverbios, 3, 11.

¹¹ Plutarco, «Solón», 22. Excepción a la ley ateniense, también de Solón, de que los hijos debían cuidar y alimentar sus padres.

Capítulo 2: Los maestros

Así pues, siguiendo el consejo de Quintiliano, lo primero que hay que buscar para que el niño reciba desde su más tierna infancia una esmerada educación es un maestro o un sabio, o, mejor aún, alguien que no se considere un sabio: desde luego, no hay nada peor que aquellos que le ponen un falso barniz de sabiduría a su piquito de oro, a pesar de que no hayan hecho más que iniciarse en las letras, pues incluso se aíran por ceder el paso a los expertos en la enseñanza y, entretanto, inculcan su estupidez con unos crueles aires de grandeza, como si tuvieran por ley una especie de poder, que es lo que suele hacer que este tipo de hombres saquen pecho. Galeno, en su libro *Los fundamentos de la medicina*, se pregunta cómo de buenos deben ser los profesores de esta ciencia a cuyo estudio había decidido entregarse. Yo les pediría que fueran agudos, moralmente respetables, sensatos y con conocimientos en cuantas ramas del saber sea posible, y que no tiemblen a la hora criticar, aunque con delicadeza, los defectos, cosa que el mismísimo Cicerón ratifica en el «Bruto» que le ayudó mucho, cuando afirma que él le prestaba toda la atención posible a Milón de Rodas, un maestro de lo más agudo para advertir los defectos de sus estudiantes¹².

En un maestro se ha de pedir, más allá de un especial acopio de conocimientos, piedad, reserva y una respetable nobleza en sus costumbres. No deben ser prontos a la ira sino capaces de frenar sus deseos, no deben ir directamente a por Orbilio¹³ ni hacer el payaso para que no parezca que están locos; deben ser afables y humanos cuando pregunten, moderados cuando castiguen, concisos y claros cuando enseñen, estrictos cuando hagan reproches... Deben recordar una y otra vez la existencia de la postrera felicidad y del infierno, pero también que todos nosotros, cuando abandonemos este material pellejo de nuestro exilio en este mundo finito, puesto que estamos unidos a una figura mortal, rendiremos unas cuentas exactísimas de nuestros actos ante el tribunal de Dios. Han de pensar que ocupan el lugar de los padres; sean ricos o pobres, no se ha de notar la diferencia. Además, han de cumplir con su tarea atentamente y, desde luego, no servirle al niño como modelo de dejadez o cansancio. No se deben contentar con haber enseñado la lección una sola vez, sino que la repetirán una y otra vez para reforzar la memoria de los niños y han de ser conscientes de qué temas y cuánto han dado, como si fueran unos escrupulosos generales. No deben participar en los juegos para no disminuir su autoridad y, si albergan en su espíritu algún cariño, deben ocultarlo cuanto sea posible. Es su deber incitar a la competitividad sirviéndose de las alabanzas, para que al final acaben considerando una vergüenza ceder ante sus iguales pero algo hermoso el vencer a sus superiores. No obstante, también tienen que esforzarse por distinguir los talentos de los niños: a no ser que las clases se hayan amoldado a los múltiples caracteres de los alumnos, sus frutos no serán sino extremadamente costosos. Por ejemplo, Platón, el filósofo, cuando estaba ante un grupo de jóvenes, aceptó que el color de la virtud era rojizo (pues así lo decía Pitia, la hija de Aristóteles). Cuentan también que Apolonio de Alabanda¹⁴,

¹² Cicerón, *Brutus*, 91 *fin*. Por cierto, Cicerón se refiere a él como *Molón*.

¹³ Conocido gramático que fue maestro de Horacio.

¹⁴ Es el mismo personaje que el «Molón de Rodas» de antes, que había nacido en esta localidad en la costa norte de la península de Anatolia y cuyo nombre era Apolonio.

de quien hace mención Cicerón en su *El orador*, cuando recibía a sus nuevos discípulos, los observaba y podía reconocer a todos los que no podrían convertirse en oradores, y después los rechazaba o les aconsejaba a qué disciplina le parecía que era más acertado que se dedicasen.

Así pues, hay algunos caracteres que, si no se les educa, serían bastante perzozos, hay otros a los que somete el miedo, y otros que o bien desprecian una y otra vez los deberes o bien impulsados por un gran miedo tiemblan y sienten debilidad; también hay quienes lo entienden todo con facilidad pero no pueden de ninguna manera memorizarlo bien, ya que enseguida se les olvida, igual que lo que está escrito con cera enseguida se funde si lo pones al sol. Por otro lado, también te encontrarás con otros a los que les cuesta entenderlo pero, una vez lo han entendido, lo recuerdan muy bien, un carácter que Cleantes solía comparar con bastante acierto con vasos de cuello estrecho pero base ancha. Píndaro, en sus *Nemeas*, compara con un águila la mente rápida y veloz, basándose en que ésta, con su admirable velocidad, caza su presa incluso cuando está a gran distancia y tiene una vista tan aguda que divisa incluso lo más alejado: todo esto se ajusta muy bien a una mente afilada. También es verdad aquello que dijo Plinio el joven en una de sus cartas: «La vergüenza debilita los espíritus honestos, el atrevimiento afianza a los perversos». Por otro lado, también tenemos ese extravagante carácter de algunos que, llevados por la imprudencia, presumen de todo de lo que son capaces de hacer y hablan sin inmutarse y sin afectarles la vergüenza —como diría Quintiliano¹⁵ «no consiguen mucho, pero sí rápidamente»—, un tipo de naturaleza que creo que se ha de temer y tratar con mucha mano. El hecho es que este carácter no tiene ninguna fuerza en la base ni se apoya en unas raíces bien arraigadas, como las semillas [de cizaña] que han quedado esparcidas en el campo brotan rápidamente y sus falsas espigas que se parecen al trigo maduran antes de la cosecha. «A mí —como dijo aquél—¹⁶ que me den un joven al que las alabanzas lo inciten, al que el renombre le ayude, que lllore cuando pierda. A éste le alimentará su ambición, las riñas le dolerán y le azuzarán, los premios le animarán, nunca he de temer que la dejadez se apodere de él».

Entre las grandes mentes de los latinos, si nadie me priva de mi juicio, no sé a quién podría anteponer mercedamente a Marco Tulio [Cicerón] y a Virgilio Marón. Por lo que hace a los griegos, se les suele conceder la medalla de oro a Homero y Demóstenes: éste, de entre todos los oradores, coronó la más alta cima, pero aquél, de entre todos los poetas, fue el que más mereció una corona de laurel, si tienes en cuenta sus enseñanzas y la majestuosidad de sus composiciones. Luego, de entre los filósofos, destacaron el divino Platón y el sagacísimo Aristóteles y todos los tendrán siempre como referente, no sólo los filósofos que estén preparados, sino también los poetas que estén más cerca de las musas. Pero ya está bien de hablar sobre la variedad de los caracteres.

Por su parte, los maestros deben acordarse de enseñar a los jóvenes la eminencia, nobleza y utilidad de las artes liberales y que Dios es quien las creó, pero que hay que aunar a ellas la virtud, esto es —por decirlo con mayor claridad—, la piedad, sin la cual el conocimiento de aquéllas no es más que, en palabras del Filósofo,

¹⁵ *Institutiones Oratoriae*, 1, 3.

¹⁶ Concretamente, Quintiliano, *Institutiones Oratoriae*, 3.

una astucia capaz de cambiar de pelaje. También deberán tener preparadas algunas historietas breves y conocidas que sean particularmente efectivas contra unos determinados vicios con los que es muy perjudicial convivir en estas edades: a tal efecto han de ajustarse las historietas, las narraciones y cualquier enseñanza de la que se sepa que ha brotado del manantial de una fuente perenne¹⁷. Siempre resonará en sus oídos la inspiración divina de la lira de Febo; y, aunque la mayoría de veces se tratarán temas serios, es aconsejable eliminar el sopor con algunas chanzas y gracias de vez en cuando y hacer reír a los alumnos cuando estén decaídos para que, al final, no haya nada que les resulte más ligero que la lección, más admirable que la elocuencia, más agradable que las chanzas. Ojalá que así no teman hacer afirmaciones sobre el maestro, que es un fenicio, o Sócrates o Platón o Aristóteles o Séneca, de los que podemos leer que todos ellos, debido a la calidad de sus enseñanzas y la justicia de sus actos ocuparon cargos destacados en la educación de los próceres¹⁸.

Sin embargo, quienquiera que acabe siendo el maestro solamente tiene que andarse con cuidado de evitar que no le afecte el aguijón del odio hacia sus alumnos, cosa que alguna vez criticó Sócrates entre los sofistas de Grecia, cuando prometía que él expondría sus enseñanzas bondadosamente. ¿Y a qué venía aquella oscuridad de Heráclito, de la que Sócrates decía que necesitaba de un «nadador de Delos»?¹⁹. ¿Y aquel lío de los números pitagóricos con cuyos cálculos querían determinar el alma? Quizá respondas que lo que querían era apartar del conocimiento a las masas incultas (incluso Platón puso este motivo como pretexto en una de sus cartas a Dionisio) y que los sabios de antaño habían cubierto sus secretos con los nudos de los acertijos y los capotes de las fábulas. Puede que sea la respuesta correcta, pero creo que solo en aquellas disciplinas nuestras que no interesa tanto conocer. ¿Pues de qué sirve utilizar argumentos cambiantes contra cada uno de los bandos cuando lo que se debate son las leyes naturales, la propia naturaleza e incluso los fundamentos de las artes, y luego aparentar apostar obscuridad?

Respecto a los maestros que se quieran dedicar a esta su vocación recibiendo las mayores alabanzas y resultando provechosos para la educación de los niños, lo primero que deben hacer es acostumbrarlos, incluso cuando tan solo balbuceen, a hablar en latín poco después de haberles enseñado lo básico, y, para que suceda de la manera más agradable posible, se les hará recitar algunas cosas sobre la marcha y se les aconsejará que las imiten. Los maestros deben alabar a los que se esfuerzan en hablar en latín y si dicen algo que saben que no es muy adecuado o no existe, los deben corregir. Desde luego, esto se ha de llevar a cabo con vistas a que se acostumbren a hablar con la mayor corrección y prudencia, pero también para que al final se expresen con mayor suavidad y dulzura. Los premios o, tal y como dijo Flaco²⁰, unos dulces caramelos, deben ayudar a los más jóvenes; los castigos les deben aterrorizar y se les debe incitar mediante el recurso a alguna norma ya establecida. Después los han de empapar con las normas de los gramáticos

¹⁷ Quizá se refiera por fuente perenne a las enseñanzas de alguna autoridad.

¹⁸ Sócrates de Alcibiades, Platón de Dionisio el Joven, Aristóteles de Alejandro, Séneca de Nerón...

¹⁹ Se refiere a un proverbio socrático recogido por Erasmo (*Adagia*, 1.6.29). Según parece, cuando Eurípides le enseñó un libro de Heráclito (conocido por su oscuridad) a Sócrates, éste le respondió que se necesitaba ser un nadador de la isla de Delos para no hundirse en sus profundidades.

²⁰ Horacio, *Odas*, 1, 1, 2.

latinos y les deben encargar que también escriban las fórmulas de expresión más escogidas para utilizarlas como si fueran unas florecillas, unas que sean instructivas, fáciles y amenas. Tampoco deben sentir miedo de los refranes, las sentencias y los dichos. Hasta que no cumplan con su trabajo, les pediría que no quisieran dedicarse a ningún oficio servil, cosa que ya apreciaron antaño los romanos, quienes a los griegos y asiáticos²¹, mejor dicho, a los esclavos y siervos más baratos, encargaban estos trabajos, sino que más bien se dediquen a esta honesta, liberal, pía, útil y necesaria obligación. Aunque los artesanos piensen lo que quieran, aunque hasta los cocheros tengan su opinión, tan solo les pido que tengan bien fijadas en su mente aquellas historias de los antiguos que he referido en el anterior capítulo sobre la correcta educación de los niños.

Capítulo 3: Los alumnos

Ya ha llegado la hora de tratar por separado el tema de los alumnos y, en primer lugar, el de la edad para educarlos. Algunos señalaron que la mejor edad para iniciarse en las letras era a los seis años, muchos que a los siete, para lo que no pocos aportaron un fragmento de Hesíodo donde afirma eso, aunque también Eratóstenes recomendaba lo mismo; algunos otros creen que la edad más acertada para juzgar la predisposición de los niños es a los diez años: así de divergentes son las diferentes opiniones. En cambio, Crisipo rechazó de plano dejar periodo alguno de la vida de un niño sin enseñar: aunque desde luego sea poco lo que una edad más temprana puede recibir, ¿por qué desdeñamos las pocas ganancias que pueda reportar? También los temas tienen su infancia, adolescencia, juventud y madurez.

Al principio, mientras el niño todavía balbucea con voz insegura e intenta aprender las formas de las letras, hay que dárselo todo masticado, pero luego creo que hay que abordar rápidamente las combinaciones de sílabas más difíciles, aunque no hay que aumentar el ritmo de lectura hasta que puedan leer las palabras sin pararse a pensar la articulación de los sonidos. Cuando ya puedan ser capaces de leer con seguridad, es necesario mejorar poco a poco la velocidad: en ese momento no es en absoluto disparatado presentarles repetidas veces algunas de las mejores sentencias tanto de poetas como de filósofos a fin de que, una vez que calen en sus espíritus impresionables, refuercen y entrenen su memoria. Hay que evitar que lean las palabras en voz baja hablando entre dientes, que pisen las palabras, que articulen los sonidos con demasiada fuerza, que hablen tan alto que parezca que chillan o que extiendan en exceso la duración de las sílabas, cosa que podría resultar cansina²². Una lectura en voz alta no solo ayuda a la correcta comprensión del texto, sino que también ayuda no poco a hacer la digestión, pues la voz, según nos cuenta Plutarco, refuerza el movimiento de inspiración hasta en las entrañas, da buen aspecto, reduce la cantidad de sangre en el cuerpo²³, limpia todas las venas, abre las arterias e impide que se acumule ningún tipo de humedad en aquellos vasos que reciben y digieren la comida; Plinio afirma que él solía leer en voz alta con claridad no por el bien de su voz, sino de su estómago. Si el alumno

²¹ Entiéndase de Asia Menor.

²² Conviene recordar que el latín tiene también sílabas largas, a las que aquí se refiere.

²³ Evidentemente, el autor escribe desde la teorías médicas de su época.

rechaza leer en voz alta por algún tipo de vergüenza, ésta se debe eliminar mediante la promesa de premios o mejor, si ya es más mayor, con elogios; si lo rechaza por miedo, será necesario azuzarlo. Antes de que desespere, hay que darle el ejemplo de Demóstenes e Isócrates, a quien Cicerón llamó «padre de la oratoria»: éste empezó teniendo tan poca idea que ni siquiera era capaz de pronunciar en público un solo discurso, aquel otro no se avergonzó de aprender a pronunciar la /r/ a partir de los perros, ni tampoco de ejercitarse a solas día tras día a la orilla del mar y en su casa con un ardor desmesurado para conseguir una técnica oratoria, verbal y no verbal, clara y brillante.

Cuando se le enseñan a alguien por primera vez las letras, al principio se ha de acostumbrar a releer la frase una vez que la haya acabado, de tal manera que, si no la ha entendido suficientemente bien con la primera lectura, volver a leerla en voz alta prestando mayor atención le ayudará hasta que al escucharlo una y otra vez el sentido mismo de la frase se esforzará por golpearle. Respecto a la disfemia o tartamudeo y el *malcris*²⁴, ¿qué otra cosa puedo decir más que se intente enderezar lo que se pueda y que se intente evitar cuanto sea posible, puesto que son unos defectos que surgen de la propia naturaleza? Por otro lado, el maestro no se debe contentar con haber enseñado la lección una sola vez, sino que la debe machacar tres o cuatro veces para que se quede bien fijada, porque, igual que una jarra de boca estrecha no traga lo suficiente de golpe pero en cambio sí que acepta bastante líquido si se vierte poco a poco, también el carácter de los niños todavía endeble se desanima ante un exceso de contenidos pesados pero se entrega al trabajo con unos pocos temas más pequeños, por lo que desde un principio hay que tener en cuenta qué carga pueden soportar y qué rechazan de plano —luego quizá se pueda ajustar mejor—.

Tampoco ha de olvidarse al maestro, quienquiera que sea, que, aunque tenga el poder de castigar, el primer paso para que los niños aprendan es que lo aprecien; ¡Ojalá que acaben incluidos en la nómina de hombres ilustres y destacados que demostraron el aprecio y agradecimiento que les correspondía a sus maestros! ¡Y que caigan en la ignorancia y el oprobio todos aquellos impertinentes que manifestaron su terquedad importunando a sus compañeros! Me parece oportuno reflejar mediante los ejemplos de algunos gobernantes lo que hasta aquí he esbozado, para ilustrarlo brevemente. Por ejemplo, ¿acaso no sintió un enorme respeto Trajano por su maestro Plutarco? ¿No consiguió Marco Antonino, el filósofo, el permiso del Senado para alzar dos estatuas a Frontón Cornelio y a Apolonio de Calcis? ¿No elogió Cicerón, el padre de la oratoria, en sus escritos a cada uno de sus maestros, uno por uno: a Filón el académico, a Mucio Escévola, el experto en leyes, a Antíoco Ascalonita, a Jenocles y a Apolonio, el orador? Y la misma gratitud vemos en Galeno, San Agustín, San Jerónimo y otros tantos sapientísimos hombres para con sus maestros por haber conseguido de ellos un honroso premio, es decir, el conocimiento.

Por contra, Nerón mereció que lo consideraran una persona hecha de barro mojado en sangre²⁵ y un monstruo de hombre, porque le ordenó a Séneca, acordándose

²⁴ No he podido encontrar el significado de esta palabra, aunque parece plausible suponer que se trata de algún trastorno del habla.

²⁵ Tal es la denominación que Teodoro de Gadara le dio a Tiberio, denominando así su mezcla de estupidez (barro) con crueldad (sangre). Se corresponde con uno de los Adagios de Erasmo, que cita a Suetonio (Tiberio, 57, 1).

de los azotes que había recibido de niño, que se suicidara abriéndose la vena del dedo gordo del pie. Y tampoco se quedó muy lejos de estas cotas de alevosía el duque Galeano Sforza²⁶, quien por sus ansias de venganza mandó azotar a su maestro Nicolao Montano, un hombre ya prácticamente desvalido por la edad. Y tampoco he de temer añadir este otro ejemplo, que nos transmite Zonaras²⁷, a los ya dichos, ya que sigue la línea de lo antes mencionado: Teodosio puso a sus dos hijos a cargo de Arsénico Diácono, un hombre de reconocida virtud y erudición en aquella época, para que los instruyese en las letras, y le ordenó que se portara con ellos no como si fueran los hijos del emperador sino los de cualquiera, hasta el punto de azotarlos si no cumplían con sus deberes. Por esto, cuando entró una vez de repente en una clase y vio a los niños sentados pero a Arsénico dando clase de pie, se irritó muchísimo y ordenó que a partir de entonces los niños aprendiesen de pie y Arsénico diera las clases sentado. Poco después, cuando Arcadio²⁸ fue castigado por una falta que había cometido, se inventó unas mentiras contra su maestro y sobornó a alguien para que lo acusara, pero Arsénico, que lo intuía, se marchó a solas y en secreto a Egipto y allí permaneció escondido. Así cuando el emperador lo buscó, no pudo encontrarlo. Sin embargo, Nicéforo (12, 21) nos cuenta que el mismo Arcadio, cuando supo que Arsénico vivía venerado como un santo, se puso en contacto con él para pedirle el perdón por sus faltas. ¿Ves, pues, cuánto respetaba un emperador a su maestro, incluso cuando ya era un adulto? Reconoció su culpabilidad, le pidió que le perdonara sus faltas para calmar su conciencia y confesó que la causa de aquello fueron la terquedad y las rabetas infantiles.

Por tanto, quienquiera que seas, lo primero que has de hacer es respetar a los maestros, no los subestimes ni los desprecies como si fueran hombres de poca valía e importancia, sino que más bien trátalos y considéralos como los moldeadores del carácter y de las virtudes, como unos alfareros. Si te piden algo, hazles caso. Si te preguntan algo, atiéndeles. Si te aconsejan, préstales atención. Si critican algún defecto, soporta estas críticas con ecuanimidad. Cualquier cosa que lean, que digan, que enseñen, tómalo como si hubiera surgido del oráculo de Delfos. Comportate modestamente entre tus compañeros y amigos, ten preparado el material escolar²⁹ y págale puntualmente su sueldo al maestro, pues también antes los maestros cobraban por enseñar, según nos cuenta Macrobio, y pone a Protágoras como el primero de ellos (9. *Moralia*, Aristóteles). Ojalá suceda que al final acabes siendo un hombre como pocos hay, cultísimo en todo el conjunto de los saberes que rodean al dios Esculapio.

Capítulo 4: Los castigos

Aunque haya más que suficiente con halagar a los alumnos y a veces amenazarlos de palabra, como si los azotes fueran a seguirlos al momento, sin embargo,

²⁶ Duque de Milán, 1444-1476, famoso por su crueldad.

²⁷ Historiador bizantino que escribió en el s. XII. Sobre todo se destaca su obra histórica, que abarca desde la creación del mundo hasta la muerte de Alexios (1118).

²⁸ Uno de los hijos del emperador Teodosio.

²⁹ Aludido como *arma scholastica*, comprende todo lo que todavía hoy podemos encontrar en cualquier mochila de un escolar: estuches, libretas, libros...

esa clemencia debería quedar limitada a los más pequeños, con cuya naturaleza, todavía simple y roma, conviene ser más permisivo. Desde luego, no creo que recibir azotes parezca algo tan propio de esclavos, cosa que nos refiere Fabio³⁰, siguiendo a Plutarco, ni que exista quien tenga una conducta tan impropia de hombres libres que no se enderece con una reprimenda. Eso sí, si no corrige su comportamiento, entonces su piel se irá curtiendo a base de golpes, como cualquiera de los peores esclavos frígios, según le convenga a su edad. Es verdad lo que Batista Guarino alguna vez ha aconsejado: que no acaben odiando las letras aquellos que se acaban de iniciar en ellas, cuando todavía no pueden empezar a degustarlas; en cambio, se puede aplicar una disciplina más estricta sobre aquellos alumnos que sean más mayores, mientras rara vez tengan que descubrir sus cuerpos.

Nada hay que dé más respeto a un maestro que mostrarse clemente y permisivo en el momento oportuno, nada le conviene menos que salirse de sus casillas y montar en cólera. De hecho, cuando esto se convierte en una costumbre más allá de una explosión puntual, los alumnos realizan sus tareas no por propia voluntad, sino por el miedo a los azotes; les cambiará el color de la cara y robarán a los demás lo que les pueda ser de utilidad. Y aquella es la principal aflicción que pueden sufrir los estudios, ya que produce una apatía profunda y persistente. No olvides que enseguida empiezan a sentir el dolor, a ser golpeados por el miedo, a romperse de vergüenza para al final empezar a temer incluso las amonestaciones verbales del maestro, que se quedan clavadas como espinas en su corazón: evitan la luz, apenas alzan la mirada, se esfuerzan por despojarse de la indolencia, intentar cumplir con sus deberes y retener, sin pensar en otra cosa, todo lo que se les advierte.

En la educación sirven de mucho acicates que les impulsen a alcanzar reconocimiento y elogios, si han superado a alumnos más avanzados, y no menos las amenazas a su deshonor, si se toman sus tareas a broma o han quedado como unos ignorantes en una competición con otros. Y para que les avergüence más no conocer algo que aprenderlo, se puede poner a los alumnos en compañía de otros más avezados, tanto en edad como en conocimientos: éstos pueden corregir sus errores y ayudarlos a salir del pozo, mejor dicho, los pueden hacer progresar más. Cuando los ves mojar sus rodillas con las lágrimas y bajar la mirada al suelo es cuando entiendes que en todos los espíritus nobles hay un cierto deseo de renombre, algo de orgullo y de querer evitar el desprecio. Bien dijo Cicerón³¹: «La fama es el motor de las artes y todos vemos en la gloria un acicate para los estudios, por eso siempre se desprecian aquellos estudios que no aprueba la mayoría». Y dice en el *En defensa del poeta Arquias*: «A todos nos mueve el deseo de una buena fama y a los mejores la fama los conduce a lo más alto». Y Ovidio³²: «El deseo de fama concede no pocas fuerzas al espíritu y el gusto por los elogios convierte en fértiles las mentes».

Claro está que los alumnos vuelven más contentos cuando han podido competir con otros y que la ambición, que de normal es un defecto, muchas veces se

³⁰ Se refiere a Marco Fabio Quintiliano, en particular, *Institutiones Oratoriae*, 1, 3, 14-18, donde rechaza de plano el uso de la violencia física con los alumnos.

³¹ *Tusculanae Disputationes*, 1, 4.

³² *Tristia*, 5, 12, 378.

convierte en el origen de la virtud, tal y como nos enseña Fabio Quintiliano. Desde luego, igual que ella alimenta los éxitos más sólidos en las letras, de la misma manera aquellos que acaban de empezar o todavía no tienen una base sólida en las letras deben limitarse a imitarlos. Le echa más leña a la pasión por aprender nuevos conceptos y unirlos a su vez con los más cercanos, igual que la vid, trepando por las ramas de un árbol, acaba alcanzando grandes alturas a pesar de ser más baja: desde abajo pueden aspirar a lo más alto y dejar sitio a lo que consiguieron primero.

Pero ya que Quintiliano rechaza de plano castigar físicamente a los alumnos, veamos qué otras cosas dice³³: «Y al final, ¿qué harás con el joven que has educado de pequeño a base de golpes, cuando ya no puedas domeñarlo con el miedo y tenga que dedicarse a estudios más elevados?». Y sigue poco después³⁴: «Me avergüenza mencionar la escandalosa actitud con la que algunos hombres despreciables abusan de su capacidad de castigar a sus alumnos y las oportunidades que a veces les da a otros el miedo de estos desgraciados. No me voy a detener más en este punto: lo entendido ya es más que suficiente. Por tanto, basta con decir que contra una edad tan débil y vulnerable ningún hombre debería tener también demasiado poder». La verdad es que yo tampoco apruebo un castigo propio de esclavos cuando haya que amonestarlos, ya que incluso un experto en leyes dejó escrito que era susceptible de ser imputado según la *Lex Aquilia*³⁵ quien cegara a un alumno, como si fuera un perjuicio causado de manera injusta: tan solo creo que está entre los deberes de un profesor la obligación de mantener en su lugar a los jóvenes mediante el miedo al castigo. Y si cometen un delito, entonces quiero que se aplique un castigo más leve a los más pequeños, pero más fuerte a los mayores, y siempre teniendo en cuenta que sea proporcional a la falta y a las circunstancias. Vale la pena tener en cuenta que Crisipo no había desaprobado castigar a los niños y que Demóstenes incluso había pedido que a un estado bien constituido no le temblara la mano contra los que se comportasen mal. Pero, ¡por favor! si no toleraríamos que un hombre adulto cometiera una serie de faltas cuya fuente y origen es la deshonrosa y despreciable arrogancia, ¿acaso hemos de tolerarlas en los jóvenes, en los chavales, en los niños o en los pequeños? ¿Quién puede ser tan estúpido o loco como para creer, por lo que nos enseña la historia, que en un futuro se aceptarán los comportamientos que hasta el día de hoy han condenado todos los sabios?

Mejor me callo: más vale presentar los argumentos y la autoridad de las Sagradas Escrituras que «palabras ampulosas y recargadas»³⁶. Dice Salomón: «Quien se ahorra azotes, odia a su hijo; en cambio, quien lo ama, una y otra vez lo está castigando». En la misma línea: «No le evites a un niño la disciplina: aunque lo golpees con el bastón, no se morirá». Y continúa: «El bastón y los castigos conceden sabiduría». En efecto, así como el ajenjo tiene ciertamente un gusto muy amargo pero, cuando se ingiere y digiere, purga tanto las lombrices como las heces de los

³³ *Institutiones Oratoriae*, 1, 3, 15.

³⁴ *Institutiones Oratoriae*, 1, 3, 17.

³⁵ Ley aprobada en el siglo III a. C. que legislaba la actuación en el caso de *damnum iniuria datum*, es decir, daño causado de manera injusta. Se puede consultar este pasaje, al que se refiere el autor, en *Digestum*, 9.2.5.3, cuando Ulpiano se pregunta acerca de la aplicación específica de esta ley.

³⁶ Expresión de Horacio, *Ars Poetica*, 97.

intestinos, de la misma manera, el enderezamiento de un hombre que se ha equivocado, hundido en el abismo de sus errores, lo reconduce a una senda mejor y limpia y purga todas las manchas producidas por sus faltas, aunque en una primera reflexión aquello pareciera lo más pesado y amargo. Es más, muchas veces he comprobado que aquellos jóvenes que estaban sometidos a una disciplina más estricta han acabado agradeciéndose a sus maestros y cuidando de ellos, mientras que los que se educaron con mayor permisividad e indulgencia, una vez que crecieron, no tuvieron ningún sentimiento de gratitud ni respeto hacia sus maestros.

Capítulo 5: *La escuela*³⁷

Suelen preguntar algunos si es más fácil educar a los niños en casa o en la escuela: para resolver esta pregunta, no oculto que, aunque algunos recibieron una educación satisfactoria en unas habitaciones que, hasta ese momento, habían sido solamente privadas, una escuela pública con gran asistencia es preferible fundamentalmente por dos razones: en primer lugar, porque se reparte a los niños por clases y entonces se les puede animar a rivalizar unos contra otros y recompensar sus esfuerzos: quien resulta vencedor sobre sus compañeros se crece por su éxito, pero al que, vencido, ha mordido el polvo, esta rivalidad le incita a limpiar su deshonra y a vengarse humillando a su contrincante en otra ocasión. Entonces cobra fuerzas aquella competitividad que alababa Hesíodo, que, sin duda, exalta a todas luces los espíritus de los jóvenes: ella a solas puede conseguir más que todas las atenciones de los educadores, todas las promesas de los padres y todos los consejos de los amigos juntos. En segundo lugar, la escuela sirve para acostumbrarlos a las multitudes, de tal manera que, si alguna vez han de aparecer en público, no se queden callados, a causa de ese inútil temor que llamamos pánico escénico, ni en blanco, cosa que podemos leer que les ha sucedido a algunos filósofos y oradores, pero también a algunos hombres de nuestra época muy respetables y eruditos.

Sin embargo, aunque no le niegue un punto de razón, para ser sincero no puedo creerme eso que piensan algunos de que en la escuela se echan a perder las buenas costumbres, pues lo cierto es que el maestro privado puede también ser un depravado y en la educación en casa se tiende más a caer en malos vicios que fuera. ¿Qué sucedería si se reunieran al mismo tiempo un maestro que buscara lo peor, una perezosa languidez —cosa que les sucedía a los jóvenes persas—, una formación descuidada y una pérdida violenta de todo sentido del pudor en una edad tan temprana? Evidentemente, el fin de cualquier comportamiento honesto, a lo que luego le seguirá una educación nada mejor. Añádele que, en casa, no tienen ningún miedo —o, como poco, no tanto— a que se pueda acallar su insolencia. Ni se inmutarían si se les regañara, y así, poco a poco, se les da rienda suelta para que se precipiten a su perdición. Pero, ¿quién se puede temer que esto suceda en un colegio público? ¿Alguien ha visto algún método de enseñanza tan mal ideado que, para aumentar las virtudes, primero requiera vicios? Si así fuera,

³⁷ Por «educación pública» el autor entiende «educación en grupos», mientras que «educación privada» equivale a «educación individual». Lo mismo sucede con «escuela pública» y similares; dista mucho del uso que hoy día le damos nosotros, donde entendemos «público» como 'sufragado por el Estado'.

Platón habría fundado en vano la Academia, Aristóteles el Liceo y el estoico Zenón el pórtico Pisiarectea, a no ser que consideraran que este tipo de enseñanza y educación en público era beneficiosa para los jóvenes. ¿Y qué decir del Cinosarges y el Pritaneo³⁸, del Cranio en Corinto, de la escuela de Beirut, de Bizancio, de Antioquia, de Laodicea y de otras más que se crearon y constituyeron para el bien del Estado desde las más altas instancias?

Así pues, concedamos que la educación en casa ha tenido éxito con algunos —y nunca lo he negado—, pero ¿quién se creería que esos pocos argumentos de mis adversarios ya me tienen casi convencido y sometido, como si mis opiniones fueran muy débiles y enclenques por concebirlas apresuradamente? Ciertamente es que Tigranes recibió una espléndida educación a solas en su habitación a manos de un filósofo, Dión de Platón, Augusto de Apolodoro, Trajano de Plutarco y Escipión de Panecio, pero, por contra, dio malos resultados la educación que Nerón recibió de Séneca, Tiberio de Teodoro el sofista, Cómodo de Onésicrates y el tirano Dionisio del propio Platón. ¿Y cuántos más hay que hayan recibido tal educación, como Lucio Vero Antonino de Escauro, Epaminondas el tebano de Lísida, Constantino de Lactancio Firmiano y Marco Antonino, el filósofo, de Frontón? Sin embargo, en la escuela muchos miles de niños han aprendido las correctas normas de conducta al mismo tiempo que las artes liberales: allí fortalecieron no sólo el cuerpo, sino también el carácter, allí grabaron en su mente todavía vacía las recatadas recomendaciones morales de los filósofos, allí con un irreprochable modo de vida todo hombre quedó protegido frente a las Quimeras y los encantamientos de Circe³⁹. También podemos leer que iban a la escuela las personas más destacadas de la época y seleccionaré el ejemplo de algunos de ellos, puesto que no caben todos en la presente hoja, pero no serán de poca monta o mala calidad: el primero de todos es Pompeyo que, cuando volvía de Asia, se paró a escuchar a todos los maestros de las buenas artes y les ofreció a cada uno un talento de oro, y Cicerón (Tusc., 2) también nos cuenta que visitó al mismísimo filósofo Posidonio, pese a que se hallaba gravemente enfermo; Tiberio, que adoraba los saludables aires de Rodas, frecuentaba tanto las escuelas y las lecturas públicas que muchos se lo echaron en cara, según nos cuenta Suetonio; Marco Antonino, el filósofo, que fue adoptado por su abuelo paterno y que estaba entregado a los estudios más humanos⁴⁰, solía visitar muchísimas veces la casa del estoico Apolonio, que estaba dedicada a las musas y a las gracias, para aprender. La misma entrega demostró en su persona el rey de Aragón y Sicilia, Alfonso⁴¹, según nos cuenta su contemporáneo Antonio de Palermo. Por tanto, ¿no será tan solo un hombrecillo arrogante e importuno el que sea capaz de subestimar lo que tantos sabios, tantos príncipes, tantos emperadores promocionaron desde hace ya mucho tiempo?

No digas nada: hay que afirmar que la escuela es un taller de piedad y virtudes y, cuando entres en ella, entonces no solo te presentas frente a los ángeles, sino

³⁸ Edificios públicos de Atenas.

³⁹ Dos referencias mitológicas. La primera, la Quimera, se refiere al monstruo mitológico compuesto de pedazos de animales al que venció Belerofonte (*Iliada*, 6, 155-203); la segunda, a Circe, apunta a aquella hechicera que retuvo a Ulises y compañía en su isla con sus encantamientos mientras vagaban en pos de su añorado hogar (*Odisea*, 10, 212 y ss.).

⁴⁰ Esta denominación se explica en Gelio, 13, 17 (cita que luego reproducirá nuestro autor).

⁴¹ Alfonso V el magnánimo, 1396-1458, promotor del humanismo en la corte de Aragón.

también frente a Dios, porque Él —tal y como dice Platón— ha dejado sembrada en todos los campos del saber Su placentera impronta y es menester y merecido hacer público el nombre del autor de todas estas buenas artes. Has de pensar que allí se da forma y fondo a la mente de los hombres, cuyos juicios, a no ser que se cultiven de la manera debida, desbrozando y quitando las piedras, tendrán poco o, más bien, ningún valor entre el resto de hombres razonables e incluso entre los animales, a los que llamamos necios. Has de tener en cuenta que allí adquieres unas riquezas que ni el tiempo puede quitar ni las guadañas pueden segar ni el fuego puede quemar ni ninguna fuerza humana puede robar. Nada hay más distinguido, nada hay más dulce, nada hay más deseable, nada hay que nos haya concedido Dios más útil que estas riquezas que, tal y como dice Cicerón⁴², «dan fuerzas al vigor juvenil, deleitan a la vejez; enriquecen la prosperidad y proporcionan un refugio y un alivio en la adversidad; son placenteras en casa pero no causan molestias fuera: duermen, viajan, trabajan con nosotros». También Cicerón dice⁴³: «¿Acaso crees que podría convertirse en un noble conciudadano aquel a quien el estudio de la elocuencia y de las honradas disciplinas no haya refinado? ¿O crees que existe algún otro sostén y cuna de la virtud que alimente el deseo de esa gloria en el espíritu?».

No hay duda de que con estas bases cualquiera puede vivir su vida fácilmente y sin problemas, aunque ni siquiera posea la menor cantidad de riqueza, tal y como decía Biante: «Conmigo llevo cuanto poseo». Es más, incluso el riquísimo Dionisio el déspota⁴⁴, cuando fue privado de su reino y sus riquezas y poco más le quedaba que morir sin más, abrió los juegos literarios de Corinto para no verse acuciado por el yugo de la pobreza y el hambre, reivindicándose con su participación. Puesto que nuestra natural pasión por el conocimiento alcanza tales cotas que algunos no pueden separarse de este placer supremo de aprender a pesar del perjuicio para su salud o para su familia, podríamos considerar que es algo hermoso destacar por nuestra erudición y, en cambio, que es una deshonra fallar y errar, ser ignorante y engañarse: me pregunto entonces por qué no instituímos, favorecemos, amamos la escuela como un gimnasio para los espíritus. Así pues, apliquemos, si gusta el lector, las palabras de Cicerón en el quinto libro de las *Tusculanas*⁴⁵, que dice que la escuela es la directora de nuestra vida, la que descubre nuestras virtudes, la que expulsa nuestros defectos, sin la cual no puede existir nada en la vida de los hombres, la que alumbró las ciudades, devolvió al redil a los hombres extraviados, unió las letras a los sonidos, la que descubrió las leyes, la que enseñó las costumbres y la moral, por lo que le concedió a los hombres la posibilidad de una vida pacífica.

⁴² Cicerón, *Pro Archias Poeta*, 16.

⁴³ Cicerón, *In Sallustium*, 3,8.

⁴⁴ También llamado Dionisio el joven o Dionisio II, tirano de Siracusa. Se vio obligado a exiliarse de Siracusa y acabó sus días en Corinto viviendo en la miseria.

⁴⁵ Cita de memoria (o altera los pasajes, ya que, en vez de escuela, aparece «Filosofía» en el original). Cita *Tusculanae disputationes*, 5, 5.